

CAPÍTULO 5

UNA DE ESTUDIANTES

Una tarde, Trini, Conchi y Mercedes salieron a dar un paseo, para mostrarle a esta última, algunas de las maravillas del pueblo. Fuera de la muralla y camino del río, pasaron por la casa de Paquita. La familia vivía en Madrid, pero en vacaciones les gustaba ir a Villamediana. La casa impresionó a Mercedes.

-En este pueblo qué pasa, ¿todos sois ricos? –dijo.

-¡No, qué va! –contestó Trini. José Luis es de una familia muy humilde. Su padre era un labrador que iba al jornal y los dos duros que ganaba nunca llegaban a casa. El que llegaba era él, harto de vino y más de una vez dispuesto a tanguear a la pobre Polaina, que era una bendita.

-¿No era prima de tu madre, Conchi?

-Sí, sí. Eran primas hermanas. Mi madre decía que a sus tíos no les gustaba que se casara con él, pero que se encaprichó y no hubo manera de quitárselo de la cabeza. La pobre tuvo que lavar más cargas de ropa en el río, que yo qué sé. Prácticamente vivían de eso y, bueno, de lo que le daban en las casas donde trabajaba. Pero Dios la premió con ese hijo que le salió muy listo y fue muy bueno con ella. Estudió muy bien para piloto y todo con beca, claro. Le dijo el maestro que había que solicitarle una beca porque tenía capacidad para el estudio y era una pena que se quedara sin hacer nada. Todo lo arreglaron entre mi tía y el maestro, porque el padre dijo que él no daba un duro para esas tonterías. ¡Valiente mostrenco!

Cuando venía de vacaciones empezó a salir con Paquita, con gran disgusto de doña Francisca. Ella sí era de familia bien. Vivían en la casa del mirador que da a la muralla por la parte del río, la de los perros grandes. Pero cuando José Luís terminó la carrera y se colocó bien, ya lo empezaron a mirar con otros ojos.

Efectivamente, el muchacho no sólo se colocó bien, sino que hizo mucho dinero, pues llegó a ser piloto y eso, además de estar muy bien pagado, en aquel entonces daba mucho lustre y era considerado ‘muy moderno’. Para no ser menos que sus suegros, el chico construyó esta casa, que está a la vuelta del camino que lleva a casa de Doña

Francisca, sobre todo para hacerles ver a sus parientes políticos que por ser hijo de un jornalero no era un desgraciado, como decía su suegra.

- Aquí hay mucho clasismo, dijo Mercedes.

Pero Trini y Conchi, quitándose la palabra una a la otra, le respondieron: Eran otros tiempos, a la gente eso de estudiar le parecía una tontería. Con las cuatro reglas y saber leer y escribir, ya le valía a uno para ir por el mundo.

Mi madre –dijo Trini- me sacó de la escuela a los doce años para que ayudara en casa, porque eso de ir a aprender geografía, si nunca iba a salir del pueblo, pues para qué servía. Además, ahora que todo el mundo viaja, te vas a una agencia y te mandan a cualquier parte del mundo, con tal que tengas el dinero para pagarte el ‘paquete’. Eso es lo que le digo yo a mi cuñada, pero ella se da muchos aires con lo de ser maestra. Ya ves, mi marido, fue a la academia de la Guardia Civil y poco le he visto yo leer un libro. Pero su hermana lo tiene por un sabio y me restriega que ella y su hermano tienen ‘carrera’. Más carrera he hecho yo, que no me dejé las pestañas en la escuela y me casé con un ‘enterao’, ¿o no?

Hombre, Trini, lo de estudiar no es cosa mala. Si vales, pues tienes que hacerlo, porque te puede pasar como al tal José Luís que mira qué casaza se hizo. Yo espero que mi Inés me salga buena estudiante, por ahora no va mal, pero ya veremos, que aún es muy chica, dijo Mercedes.

Unos días más tarde, llegó a la AAC Adela con la cara descompuesta en compañía de Paula. Paula y ella eran muy amigas, aunque Adela le tenía una especie de reverencia especial, porque además de maestra, Paula era profesora de secundaria y había estudiado Filosofía y Letras. Es decir, el colmo de la perfección; no una, sino dos carreras. Ahora Paula daba clases en el Instituto y Adela se sentía muy orgullosa de que no fuera tan amiga de las otras profesoras como de ella, que estaba en el Pabellón de los pequeños.

-Hijas, por Dios, qué os ha pasado. Nada, replicaron a coro, que hemos tenido una con Martín, el del taller, que para qué.

Raimundo Martín e hijo, era el letrero que cubría todo el frente de una nave a la salida del pueblo, en el que debajo rezaba: Electricidad, chapa y pintura del automóvil.

-Es que se te ha roto el coche, preguntaron a Paula.

-No. A mí no. Es por lo del chico.

-¿Cuál?

- Pues el Raimundo hijo.

- El muchacho está acabando el bachiller, dijo Paula, es bueno en casi todo lo que hace. Tanto en las ciencias como en las letras. Tuvimos el otro día reunión con los padres, para contarles un poco lo que pensamos que pueden hacer los chicos. Si acabar el Bachiller o prepararse para el acceso a la Universidad. Entre los alumnos que citamos como propuestos estaba Raimundo. Había venido a la reunión, como siempre, Hortensia, su madre, que la mujer es más bien callada. Se la veía orgullosa de que nombraran a su hijo y el chico la miraba a ella como diciéndole, ¿ves? Casi todos los padres a los que habíamos aconsejado que enviaran a sus hijos a la Universidad, se quedaron luego y nos frieron a preguntas, que si ir a una pública, que si a una privada, que si mejor hacer primero una cosa cortita y luego ya se vería, que cuanto cuesta el asunto, que mandar a los chicos fuera es caro... En fin, lo normal en estos casos. Pero Hortensia y el chico se esfumaron y eso que él es el que tiene más posibilidades de hacer una carrera superior con brillantez. Me extrañó, pero, como ella es tan callada, pensé que preferiría venir un día a la tutoría y hablar conmigo a solas.

-Pero, esta mañana, estábamos esta -señalando a Adela- y yo paseándonos por el patio a la hora del recreo y va y aparece el Raimundo, hecho una furia. Se va hacia mí y me suelta un discurso del que no he entendido ni palabra de los gritos que daba.

Tanto gritaba aquel hombre -terció Adela- que el señor Antonio, el bedel, se fue para nosotras porque a lo mejor pensó que quería pegarnos. El caso es que entre las cosas que dijo y que de verdad no se entendían, decía que por qué nos metíamos en los negocios de su familia. Que él era el cabeza de familia y que sus decisiones las tomaba él en su casa. Hemos supuesto que se ha tomado la cosa como que pretendíamos decirle qué hacer con su hijo. Paula intentaba explicarle que eso era decisión de los padres y que los maestros y profesores sólo estaban allí para orientar. Total, que dando gritos y tropezando con las piedras del patio, se ha largado y nos ha dejado tiesas. Todavía tengo el susto en el cuerpo, porque hay que ver cómo se ha puesto.

Paula añadió: Como sería que yo no he podido ni comer. Se me ha pegado el estómago y estoy fatal.

Doña Etelvina intervino en aquel momento para decir: Mirad, esto es como lo de Mariano el de la pastelería.

¿Qué tiene que ver Mariano con el del taller? Preguntó Trini, que pensaba desde hacía tiempo que a aquella mujer se le iba la olla con frecuencia.

Pues mucho, sentenció enérgicamente doña Etelvina, que sospechaba lo que de ella pensaba Trini. El padre de Mariano y su abuelo ya eran pasteleros.

Trini miró hacia Paula y Adela como diciéndoles con la mirada: No hagáis caso que esta mujer chochea. Pero Paula que era una mujer muy delicada y atenta le preguntó a Etelvina:

- Pero, por qué dice usted eso.

Doña Etelvina, cuando vio que alguien se tomaba en serio sus misteriosas afirmaciones dijo:

- Lo digo porque el padre de Mariano, que sólo tenía ese hijo, se empeñó en que fuera a la capital a estudiar Derecho y hacerse abogado o notario. El no había querido nunca ser pastelero y su padre le obligó a aprender el oficio para que heredara la pastelería. El abuelo, digo. Así que el hijo, el Mariano que ahora lleva la pastelería, que era como sigue siendo; una persona callada, de poco carácter, al parecer, no quiso desobedecer a su padre y se fue y estudió Derecho. Lo hizo en el tiempo justo y con muy buenas notas, así que su padre estaba muy orgulloso y en todas partes, en el Círculo y en la Cofradía, le contaba una y otra vez al que se dejaba, que su Marianito iba a ser notario. Cuando Marianito volvió con el título debajo del brazo, se fue derecho al cristalero, lo enmarcó, lo colgó en el obrador y le dijo a su padre: Ya soy abogado, ahora lo que quiero es que me deje usted ser pastelero y ahí está el hombre haciendo sus brazos de gitano, sus milhojas y esos turroneos que hace en Navidad que no hay quien se los iguale.
- Doña Etelvina, no veo qué relación puede tener eso con lo de Raimundo y su chico –comentó suavemente Paula, mientras Trini y las demás pensaban qué paciencia tiene esta mujer.
- Pues es de ver, a poco que te fijes. Raimundo ha colocado su letrero de Raimundo e hijo en el taller. Que yo sepa, el muchacho no sabe nada de coches, ni chapas, ni ruedas. Tampoco sabemos si le gusta eso o no. A lo mejor se va, estudia lo que sea, vuelve, enmarca el título, lo cuelga en el taller y le pide a su padre que le enseñe a limpiar bujías. Tampoco sería ninguna tontería que estudie para ingeniero porque eso puede mejorar lo del taller. Más sabe un ingeniero que un mecánico, digo yo. Así que lo que hay que hacer con ese Raimundo, cuando se calme, es hacérselo ver.

A Trini, menos mal que por lo bajo, se le escapó: ¡Vaya, pues no está tan chocha!

Paula y Adela se miraron y le dijeron a doña Etelvina, casi a coro:

- Oiga, ¿sabe usted que tiene toda la razón?

Y Paula añadió: Es que yo no sabía que Mariano era abogado.

- Claro, hija, cómo lo ibas a saber si eso pasó hace más de cincuenta años. Como además Mariano es tan sencillo, tan callado, tan discreto, pues nadie se piensa que tenga un título. Muchos van a su tienda a darse aires de esto y de lo otro y tampoco lo saben y él aguanta a todos esos listos, con su cabecita gacha y de medio lado, pero por dentro se debe reír del lucero del alba.

Paula, que era muy decidida, se fue a ver a Raimundo al día siguiente, casi sin dejarle hablar le contó la historia de Mariano y Raimundo plegó velas, pensando que, a lo mejor, era un negocio más rentable dejar que el chico fuera a estudiar.